

Un sondeo en tres áreas de bilingüismo rural en México

JUAN A. HASLER

AHUACATLÁN

I. Ahuacatlán es una cabecera municipal, situada aproximadamente a 1,700 metros de altitud sobre el nivel del mar, en la Sierra Madre Oriental en México. Su mejor vía de acceso pasa por Zacatlán de las Manzanas (2,000 metros de altitud), desde donde parte un camino "directo", de siete horas a pie o a caballo, y una carretera inconclusa y sin revestimiento, que puede ser recorrida en vehículo en algo más de una hora y desde cuyo término se hace tres horas a pie hasta Ahuacatlán. Hay que vadear el río Chachayoquilpa ('río de chayotes'), que ostenta el único arco sobreviviente de un puente destruido. Veredas aún más serranas unen Ahuacatlán con cabeceras municipales situadas en las alturas al sur del pueblo y con otras en dirección a la costa.

Lo quebrado del territorio aisló de manera afortunada a los habitantes de toda esa región, de los intentos de penetración económica y física de parte de elementos no indígenas, que hubieran terminado por desplazar a éstos. En Ahuacatlán existe la pequeña propiedad en manos de indios totonacos y mexicanos, con ausencia de ejidos y, con ello, ausencia de habidas fricciones con terratenientes, tal como sí sucede en regiones más abajeñas (por ejemplo en la Huasteca Meridional, igualmente de habla totonaca y mexicana).¹ Mas si en cierta manera se puede decir que hubo un idílico estancamiento durante mucho tiempo, esto no significa que en el centro del poblado no existan familias de habla castellana, conocidas allí y en otras partes de la República como *gente de razón*, pues el vocablo "estancamiento" no debe entenderse en este contexto como aislamiento total ni como "ausencia de todo movimiento".

Durante los primeros años del dominio español, el contacto con las provincias arribeñas hizo llegar a los evangelizadores y constructores de las iglesias del municipio, dotadas de formidables contrafuertes, un tanto

desproporcionados respecto de las dimensiones de las naves y tal vez funcionalmente injustificados dada la solidez de las construcciones y del suelo, y los pocos movimientos sísmicos que se sienten en la región. Según información oral, vivió en Ahuacatlán quien iba a ser el autor de la *Monarquía Indiana*: Fray Juan Torquemada (muerto en 1624). Las fuentes orales no me informaron cuándo fue construido el ya derrumbado gran puente, situado a tres horas del pueblo. Por una parte, un anciano pretendió haberlo conocido siempre en ese estado, por otra parte, un joven arriero dijo haber visto una fotografía con "coches antiguos" encima del puente. Los coches en cuestión eran automóviles, cuya presencia no es completamente extraña, pues también en años recientes avanzaban vehículos de motor hacia el pueblo y aun entraban en él, siguiendo eficaces trazos rústicos de carretera, actualmente interrumpidos por incisiones y derrumbes causados por el trazo de la inconclusa carretera nueva. Respecto de esta vía nueva, los ahuatecos se muestran escépticos, pues no sólo les cortó la vía antigua, sino que dicen que está en estudio, en trazo y en retraso desde unos sesenta años.

II. Llegué al pueblo después de la fiesta de Todos los Santos, cuando el primer día de tianguis se caracteriza por su parquedad, dado que todavía dura el mole de la fiesta y que las familias aún no se han repuesto de los gastos pasados. Durante los días de fiesta hubiera sido la ocasión para entrevistarse con los ahuatecos *de razón* y los ahuatecos *inditos** que han emigrado a centros urbanos e industriales, en busca de ocupación, pero que en esos días infaliblemente regresan al pueblo y a sus "barrios" (que son en realidad aldeas dependientes de la cabecera).

Muchos ahuatecos de habla española y dotados de un poco de dinero, se han establecido en los barrios periféricos de la capital del país. Los varones totonacos y mexicanos se han dirigido de manera temporal o definitiva "hacia la costa", o sea, a la región petrolera y a los sitios abajeños que han surgido cerca de las carreteras, donde hace pocos años había todavía selva o caseríos insignificantes. El crecimiento de esos

* El sondeo en cuestión fue de observaciones "impresionistas" recibidas durante permanencias de hasta cinco días, realizadas en Méjico: en la Sierra Madre Oriental, la Sierra Madre del Sur y la Sierra Madre Occidental, por encargo del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, a fines de 1975. Permanencias más prolongadas rectificarán seguramente algunos de los conceptos que, como afirmación o como hipótesis, se exponen en las presentes páginas.

Uno de los motivos para estos tres viajes, fue el interés por conocer la validez de métodos no sociológicos en la investigación social. Si ulteriores estancias prolongadas, hechas por sociólogos, no contradirán fundamentalmente lo expuesto aquí, se podrá aceptar la validez del "sondeo impresionista" realizado en una etapa inicial de la investigación, con carencia de documentos susceptibles de cuantificación.

poblados se entiende mejor si se toma en consideración la constante emigración de aldeas alejadas de las vías de comunicación, que en algunos casos no sólo parecen mantener estático su número de pobladores o de casas,² sino inclusive lo reducen a la mitad (San Rafael y otros sitios de la Huasteca de habla totonaca). Las mujeres indígenas de Ahuacatlán empezaron a dirigirse primero a las grandes cabeceras arribeñas, como Zacatlán, y de allí a México, * para colocarse de sirvientas.

III. La disminución de jóvenes varones indígenas, parece haber tenido el efecto benéfico y posiblemente deseado, de impedir el parcelamiento de la propiedad en unidades antieconómicas. Una maestra comentó que se produjo lo que ella llamó "prostitución de la indígena", término que usó para referirse a una soltería sin castidad y a una ausencia del marido, igualmente sin privaciones. Al mismo tiempo, esta disminución del elemento masculino, puede haber sido el motor que impulsó a un número quizá no pequeño de muchachas indígenas, a emprender el camino a las ciudades. Es interesante que muchas de ellas, al regresar, no sólo abandonan el pelo oxigenado y las estorbosas uñas pintadas, sino que vuelven a vestirse de chincúete y quechquémitl,³ según parece, siempre con el tradicional desaseo que estas prendas tienen en la Sierra, en contraste con la pulcritud de sus homónimos abajeños.

IV. La estancia del autor de estas líneas fue muy corta en Ahuacatlán, habiendo tenido por finalidad adquirir un conocimiento general e inicial del municipio. Se visitó la cabecera y varios de sus "barrios", con el propósito de conversar con un promedio de cinco personas representativas de los siguientes grupos: familias que emplean el totonaco, familias que emplean el mexicano, comerciantes hispanohablantes, maestros, cura, médico. De los dos últimos sectores no hubo, naturalmente, cinco personas. Basándome en experiencias anteriores en la Sierra Madre Oriental y en experiencias recientes en aldeas del Distrito Federal y en barrios de la capital, no se recurrió a cédula de interrogatorio ni a grabadora, que suelen causar una impresión desagradable y de bloqueo en los entrevistados. Tampoco manejé ningún papel de notas en presencia de los lugareños, recurriendo a la observación y plática en el mercado, en tiendas, durante juicios y debates en los dos idiomas nativos. Sólo con el cura, con el médico y los profesores, la conversación revistió carácter de entrevista formal, pero aun así no se empleó ningún medio de registro. Sólo aceptando la espontánea oferta de una comerciante *de razón*, se le recibió el dictado de dos textos en mexicano; y ella misma al notar que en reali-

* A la ciudad de México, capital de Méjico.

dad no estaba dictando bien, escribió sola uno de los dos textos dos horas después, y me lo envió.

No se trabajó con monolingües absolutos, no sólo porque posiblemente el investigador no hubiera podido hacerlo, sino porque tales personas rehusaron todo contacto verbal con el fuereño. No dominando las variantes subdialectales del municipio, se procuró hacer hablar a los informantes en castellano, no dando a conocer excesivamente el conocimiento que el investigador tenía de los idiomas serranos.

Los conceptos emitidos por los indígenas no presentaron sorpresa ni novedad: tienen su idioma, quieren su idioma, conservan su idioma, creen que sirve en la región y que no sirve en las ciudades, donde conviene no dar a conocer que se sabe hablarlo.

Sorprendente y sorprendentemente uniforme fue el concepto entre los hispanohablantes. Donde hace algunos lustros solíamos oír un patético rechazo a los "dialectos", se oye ahora tolerantes y técnicas expresiones de tenor sociológico. El médico, el cura y el sector magisterial son de opinión que "el dialecto cumple su función", "no es malo que lo tengan", "deben aprender además el español", "el español lo necesitan cuando salen de aquí".

Los residentes no profesionistas se expresaron en formar menos precisa pero semejante y concuerdan con el sector eclesiástico en que "se debe aprender el idioma de los *inditos*". Este postulado, emitido también en el curato, no tuvo eco activo allí, ya que el párroco no aprendió el totonaco en nueve años que estuvo en un municipio abajeño y, aunque tlaxcalteco él mismo, originario de una zona que hace poco era densamente nahua-tlahta, no ha hecho nada por conocer el mexicano local, limitándose a recordar con satisfacción algunas expresiones aprendidas en el seminario e inoperantes en Ahuacatlán. El magisterio parece más prudente, al abstenerse de emitir opiniones que implicarían un compromiso de actividad: ningún profesor o profesora habló de la conveniencia de aprender el idioma hablado en sus centros de actuación.

Lo observado en los barrios de habla indígena, que son totonacos y mexicanos, indica que las lenguas tienen ahí plena vigencia, sin ningún síntoma de pichinización ni de abandono. De no mediar factores externos, no se ve razón para un próximo fin de ellas, aunque sí habrá una ampliación de la población bilingüe, debido a las escuelas primarias.

V. En las líneas anteriores se mencionó dos grupos sociales, el de la *gente de razón* y el de los *inditos*. Con frecuencia el último de estos términos rurales es vertido al lenguaje intelectual como *indígenas* y el primero como *mestizos*. En lo que toca a la Sierra Madre Oriental, hablar de *gente mestiza* parece menos acertado que el empleo de un término que no tenga implicaciones raciales, ya que el grupo aludido no es netamente mestizo, por lo menos no lo ha sido en su origen.

Es “de razón” aquella familia o persona de la Sierra y de su llanura costera, que siendo de origen indio y en contados casos de origen español o mestizo, tuvo suficiente uso de razón para comprender que la gleba cultivada con tradicional método de macēhual misérrimo, es una vida dedicada a la miseria, existiendo en cambio otros medios para vivir en el mismo ambiente geográfico y cultural, pero con resultados económicos mucho más satisfactorios. Para ello es menester abandonar el patrón de residencia dispersa y tomar oficio en un conglomerado al cual se pueda ofrecer servicios distintos de los del sector primario de la producción de alimentos.⁴ En la medida en que esos centros de población se encuentran en el camino entre distintas regiones idiomáticas o que el oficio escogido ponga en contacto con tales regiones, el empleo de una lingua franca se hará más imperioso.

Con la utilidad de una lengua así, crece su prestigio y cuando con ello ha aumentado el número de usuarios, su difusión puede y suele hacerse a costa de los otros idiomas. Tal ha sucedido, por ejemplo, con el mexicano o nahua, cuyo prestigio se nota en las valoraciones subjetivas de la *gente de razón* radicada en regiones en que se habla más de una lengua aborigen; su conquista territorial en los últimos siglos es un hecho comprobable con los documentos coloniales y del siglo pasado.⁵

Además de esa documentación, las informaciones orales recogidas en la Sierra Madre Oriental, indican que hubo fuertes movimientos de población, de habitantes de diversos idiomas, a partir de 1910, a consecuencia de los disturbios sociales de esa época. Cuando estos movimientos no se realizaban en forma compacta desde una aldea a un territorio nuevo,⁶ el idioma original tuvo que ser abandonado, viéndose obligado el individuo a emplear una lingua franca nueva, que acaso le era desconocida anteriormente. De hecho, el vehículo glótico de mayor utilidad y difusión para ello, fue el castellano, que muchos indígenas fueron aprendiendo de boca de otros indígenas (por ejemplo en los ingenios azucareros del Bajo Papaloapan). Esta castellanización echó las mismas raíces que las conversiones previas a lenguas indígenas.

A veces se agregaron a los recién mudados de idioma, familias indígenas de antigua castellanización. Más que utilidad analizada, el abandono del idioma oído a los abuelos pero desconocido en el nuevo lugar de residencia, fue para los hijos de los inmigrados, un hecho tan ineludible como lo había sido durante la migración la adquisición del castellano de parte de sus padres. De nuestros días, el proceso se puede comprobar nuevamente en las aldeas serranas que están surgiendo en las barrancas del sur del Distrito Federal: las están creando “paracaidistas” que ya sólo emplean sus idiomas originales dentro de sus jacales y con sus consortes, sin que se pueda pretender que se trate todavía de “lenguas vivas”.

Aquellas familias que tuvieron el español por lengua propia, pero que vivían enclavadas en zonas idiomáticamente aborígenes, parecen haber permanecido siempre fieles a su idioma alóctono, —al español,— pero al

mismo tiempo tuvieron que aprender casi siempre el idioma regional. Las nuevas generaciones, nacidas entre los *inditos*, aunque hablaran en casa la lengua de los *de razón*, se criaron bilingües si radicaban en el campo o en aldehuelas. (Esto ha sido, por ejemplo, el caso de los bilingües en la Huasteca.) Si en cambio vivían en poblados mayores, el conocimiento de la o de las lenguas locales, ha sido generalmente más bien pasivo o muy defectuoso. Ambas situaciones se pueden encontrar en la cabecera de Ahuacatlán y en algunos ranchos de su jurisdicción.

El elemento social económicamente más progresista y alejado del trabajo personal del campo, debe haber ocupado siempre la parte céntrica de las grandes aldeas, aun cuando éstas eran todavía completamente monolingües. Esas calles céntricas han sido las primeras en abrigar durante la Colonia y el siglo de la Independencia, a personas conocedoras del castellano, —vehículo necesario para el trato con el Gobierno y para el comercio con centros de producción alejados. Fueron igualmente las primeras que intercambiaron nueras y yernos con familias establecidas en pueblos situados a cierta distancia y en recibir así y de manera independiente a inmigrados hispanohablantes (tanto de origen americano como de origen peninsular). Por ello encontramos infaliblemente un centro de aldea con gente perteneciente al grupo *de razón*, es decir, de cierto estamento económico y social, y usuario del idioma castellano. En las calles más alejadas y en los “barrios”, es frecuente que se siga usando el idioma indígena. Éste cede cuando la familia inicia su cambio social y se traslada el centro comercial de la aldea.

El ser *de razón* no es, a mi juicio, un hecho originalmente racial, sino un hecho socioeconómico, por lo menos en la Sierra Madre Oriental. Sólo secundariamente se le ha agregado a la postre, en cierta medida, la variable “raza” al facilitarse las uniones matrimoniales con familias fuereñas en cuyas venas corría “sangre blanca” en diversa proporción, por tener antepasados procedentes de centros realmente mestizados. Aún hoy, en 1975, podemos encontrar que el grupo social y económico de los *de razón*, tiene individuos indiscutiblemente indios,⁷ y que *inditos* eran los padres o abuelos paternos o maternos de otros.

VI. La fonética totonaca, con sus glotalizaciones y vocales sordas, no es realmente sencilla para el hispanohablante, quien tiene además dificultades para grupos consonánticos iniciales (pronuncian ismtkúk en lugar de smukúkU, etcétera). De todas maneras los informantes ahuatecos dijeron no tener sino un conocimiento pasivo del totonaco, excepto, naturalmente, aquellas personas que eran realmente totonacas (cf. nota siete).

La fonética nahua no debiera presentar inconvenientes, salvo quizá la pronunciación de la oclusión glotal (por ejemplo en tza'tzi ‘gritar’, que los comerciantes de habla española solucionan como una atípica implosión dental: tzattzi). Pero las conversaciones oídas a varios hispanohablantes

que habían aprendido el mexicano casi al mismo tiempo que el castellano, eran en lo gramatical una especie de “petit negró”, como si para expresar la idea de ‘¡trae la mercancía mañana, yo te la compraré!’ dijeran “¡tú mañana venir traer, yo comprar”. Con el mismo desparpajo con que el aludido estamento ha tratado la morfología, trata también el léxico: al recibir el dictado de un verso, se me insistió que cierta expresión era *timottisque ipan tonantse*. No pude aceptarlo así, y me permití preguntar si acaso no se podría decir igualmente *tim’totisque ixpan tonantzi*. Dijeron que sí, y que era “lo mismo”. Pero no es lo mismo decir *ipan tonantzin* ‘encima de nuestra madre’ que *ixpan tonantzin* ‘frente a la Virgen’. Hubo también inversiones de sílabas (*chipócatl* por *ichpócatl*), sustitución de fonemas que al mismo tiempo son morfemas (*xochipitzáhuatl* por *xochipitzáhuac*) y desde luego las aludidas formas en “petit negró” (como *mitzmaca* en lugar de *onimitzmácac* ‘yo te dí’).

Es extraño que la gente *de razón* de Ahuacatlán, criada con *pilnanas* (ayas) que les hablaban en idioma nativo, nos exprese su orgullo por sus supuestos conocimientos del totonaco y del mexicano, y al mismo tiempo hable esos idiomas de manera tan desastrosa.

Habría que observar con más tiempo la cuestión, permaneciendo una temporada en el municipio. Como mera hipótesis se antoja postular un desprecio social y cultural ya antiguo de una capa socioeconómica mejor situada, hacia otra, al que se sobrepuso recientemente el orgullo de “saber”, —especialmente de saber el mexicano.

El antiguo desprecio habría hecho hablar sin reparar en fonemas ni morfemas del idioma indio. La propaganda gubernamental reciente habría causado la actitud de orgullo o, en su defecto, la de comprensiva tolerancia (lo último especialmente entre los maestros).

T l a p a

O. En la Sierra Madre del Sur, en el sur del estado de Guerrero, se encuentran tres grupos lingüísticos, de pobladores rurales que viven en regiones situadas a diversa altitud sobre el nivel del mar. De esa Sierra comparten la pobreza del suelo y su descorazonante aridez, causadas en gran medida por la mano del hombre, que no ha sabido respetar los bosques. El común ambiente geográfico y económico coloca a los tres grupos (nahuas, tlapanecos y mixtecos) en una situación idéntica respecto del exterior, del cual se hallan bastante aislados debido a lo áspero y quebrado de la montaña, la poca densidad posible de población, las distancias entre unas y otras aldeas así como de los poblados más prósperos (de habla castellana) y en general de la sociedad global mejicana.

I. Dos son ahí los grandes centros de vida nacional, visitados en diciembre de 1975 por este autor. En primer término, a 53 km de Chilpancingo, el de antiguo importante Chilapa (1 300 m de altitud) de habla castellana, rodeado de pueblos de habla nahua o mexicana. Se notó un intenso tráfico y aunque los habitantes de Chilapa no usan el idioma aborigen, se oye hablarlo bastante en el mercado, en las calles y en los paraderos de los buses. Se pudo saber que hace algunos decenios, los vendedores de Chilapa procuraban "aprender" los rudimentos del idioma de sus clientes. Según parece, tal aprendizaje no era muy preciso, diciéndose por ejemplo "¡simoséhui!" (con sibilante dental) en lugar de "¡ximoséhui!" (con sibilante palatal), pero a la vez el contacto de los dos idiomas fue suficiente para afectar el castellano de esa sierra, como lo ilustra el uso de "¡descanse!" en lugar de "¡tome asiento!" La expresión se oye tanto en Chilapa como en el municipio más abajeño de Tlapa, y es calco del nahua "¡ximoséhui!", que textualmente es '¡descanse!' pero empleado en ese idioma en las mismas circunstancias en que en castellano se diría '¡tome asiento!'

A diferencia de la impresión de auténtica vida económica que se nota en Chilapa, la vida económica de Tlapa (1 080 m de altitud), no parece girar en derredor de una respetable producción de su Hínterland. Como renglón importante de la economía tlapaneca, se cita en la localidad la compra de palma, traída desde fuera de Guerrero, y su transformación en sombreros a medio terminar, que son vueltos a vender con destino a centros de acabado fuera del Estado. Tan precaria actividad industrial y comercial, citada como la gran fuente de ingreso de Tlapa, no puede explicar el que la cabecera sea considerada un gran centro comercial. Quizá esté más cerca de la verdad, o de una parte de la complejidad económica de Tlapa, la opinión emitida por el médico de uno de los institutos gubernamentales: "Tlapa vive de sus partos."

II. La vida económica de Tlapa está sostenida en gran parte, acaso en su mayor parte, por empleados del Gobierno, quienes laboran al servicio de distintas instituciones y gastan su sueldo en la localidad. Los niños de esos empleados, los niños de los comerciantes y artesanos y los niños indígenas que llegan a la cabecera en busca de enseñanza escolar, generan nuevas necesidades (satisfechas, por ejemplo, con más de mil profesores y con varios centros médicos) que a su vez generan nuevos puestos para servidores públicos.

III. Aproximadamente el 30% de los niños escolares es de familias de habla tlapaneca, mexicana o mixteca, enviados a la cabecera por sus padres con la angustiada esperanza de que aprendan el instrumento de dominio que permita abandonar la precaria vida serrana: con la esperanza de que

aprendan el español y puedan triunfar en la vida. Esto significa que se considera que la vida que hasta ahora se lleva a cabo en las aldeas, con empleo del idioma aborígen, no es una vida satisfactoria. Y desde luego, no lo es.

Los niños indígenas que estudian en la cabecera, a menudo no reciben ayuda de sus familias de la sierra, quienes se tienen que limitar frecuentemente con conducirlos a Tlapa y colocarlos de sirvientes en alguna casa, a cambio de la comida. Afirman los profesores que esos niños, casi regalados por sus padres, son muy explotados por los habitantes de Tlapa. Conocida esta situación, los bautistas de Cuernavaca han establecido un hogar infantil, en que se da albergue y comida a aproximadamente cuarenta escolares indios. El mencionado 30% de la población escolar es, según afirma el sector magisterial, acomplexado, modesto, pasivo en los recreos y aplicado en clase. Una vez que los jóvenes indígenas han aprendido suficientemente el español y están en edad de casarse, ya no emplean el idioma nativo con su consorte e hijos. Efectivamente, el investigador pudo observar que no sólo los jóvenes recién castellanizados en la cabecera, sino la casi totalidad de los mixtecos en la sierra, especialmente en aldeas con serios problemas, emplea el español con los hijos, aun en el muy general caso de saberlo bastante mal. Este dominio insuficiente del español, impide a los indígenas emplearlo entre sí, por no bastar para las necesidades de comunicación entre los adultos. En consecuencia, los adultos emplean el mixteco entre sí y el español con sus niños. Estos se crían monolingües castellanos con dominio pasivo de la lengua antigua. Parece del todo justa la opinión oída al cura de Tlapa, que dentro de unos dos decenios los idiomas mixteco y tlapaneco habrán desaparecido, y que lo mismo sucederá seguramente con el mexicano.

Explican los indígenas mayores, que en su época la castellanización y en general la escuela, fracasaban debido a que ellos no entendían a los profesores. Al aburrirse abandonaban finalmente la escuela que, a menudo, tuvo que ser clausurada por falta de alumnos. Razón para la deserción era también la actitud de los maestros, que prohibían el empleo del idioma nativo en los patios. Actualmente, los niños concurren con gusto a las escuelas, por estarse empleando en ellas a jóvenes profesores bilingües (precisamente a antiguos escolares indígenas de Tlapa), quienes usan el idioma nativo tanto como ello sea necesario, para pasar paulatinamente al empleo del español.

El profesor bilingüe, llamado "promotor bilingüe", goza de gran reputación, tanto en las comunidades de la sierra como entre la *gente de razón* de la cabecera. Ello se debe ante todo a su respetable sueldo, pues si de peón puede ganar de 12 a 20 pesos diarios, de promotor gana cien al día, y esto en un trabajo sin fatigas agrarias y lleno de días de descanso oficiales y de otros ilegales. Se hizo una pequeña prueba a una fondera en Tlapa:

—¿Sabe usted algún idioma, señora?

—No señor, no sé ningún dialecto. ¡Ojalá supiera!

—¿Por qué?

—Dejaría esto y me iría de promotora.

En una situación parecida están las “promotoras de salubridad”, pero su irresponsabilidad para con la comunidad, que se traduce en frecuentes ausencias de sus aldeas, parece enturbiar mucho su imagen pública.

Podría pensarse que el mayor deseo de muchos padres, sea que su hijo o hija llegue a ser promotor y gane tres mil pesos y que, en consecuencia, exista una especie de renacimiento del empleo de los idiomas comarcanos.

Efectivamente, existe el deseo de obtener esos puestos, como existe también la vehemente afirmación de que “nuestro idioma no se puede perder”. Pero de hecho, las mismas personas que pretenden amar su idioma, que dicen desear que sus hijos sean promotores y que afirman que ellos cultivan constantemente su idioma tradicional, no hacen nada porque sus hijos sean capaces de pasar los exámenes de bilingüismo, puesto que los crían monolingües españoles. Ésto es interesante y requeriría quizá un estudio un poco más prolongado, para determinar mejor las razones de esta actitud contradictoria.

Ahí está, por ejemplo, el caso de Chiepetlán (fundado en 1500 por gente procedente de Xochimilco). Los adultos están bastante orgullosos tanto de su idioma como de las perspectivas de que sus hijas puedan ganar muy pronto tres mil pesos yendo a trabajar de promotoras en la cercana aldea vecina, que es monolingüe nahua. Pero los niños de Chiepetlán niegan saber el idioma aborigen y seguramente no lo hablan nunca, porque los adultos ya casi no lo emplean entre sí. De manera que vemos que al instituirse el tan apreciado servicio de los promotores bilingües, la sentencia de muerte que los indios han decretado a su propio idioma, no se matizó con ningún indulto.

P á t z c u a r o

O. El idioma tarasco, aparentemente emparentado con lo que Swadesh llamó la estirpe del quichua-patagón, es hablado en dos niveles térmicos del estado de Michoacán: en la montaña y en las orillas e islas del lago de Pátzcuaro. Es esta última zona la que visitó el autor de estas líneas. Antiguamente la expansión del tarasco fue mucho más amplia, como lo indican topónimos michoacanos y de Querétaro. Precisamente el nombre de Querétaro es claramente tarasco y tiene un doblete en el nombre del pueblo Queréndaro, con alofónica sonorización del oclusivo dental después

de *n*. Esta sonorización ocurre también en el español de muchos tarascos, por ejemplo al decir *endre* por *entre*.

I. Tomando como centro de referencia a la villa de Pátzcuaro (2 174 m de altitud), de habla española, podemos considerar una orilla izquierda del lago, a cuyos pueblos se llega mediante una carretera sin revestimiento y en mal estado, y una orilla derecha a la cual se llega por la carretera asfaltada de Tzintzuntzan-Tzacapu, prosiguiendo luego por mala carretera de terracería. De las islas, la más conocida es la de Xanitzú o Janitzio, transformada en una especie de "Sacromonte" que sustituye las cuevas granadinas por encaladas casas de adobe que suben la loma de la isla, por cuyas calles los niños juegan alegremente hablando en tarasco y piden limosna en español. La isla ya no vive esencialmente de la pesca, sino del turismo, para el cual importa cierta cantidad de pescado de Chapala.

Para el reparto de la explotación de los recursos del lago, éste ha sido dividido en cuadros que han sido adjudicados a las aldeas de la ribera y de las islas, de manera análoga al reparto de la tierra. Y de manera similar, algunas aldeas han tenido que aceptar la suerte de recibir parajes lacustres poco productivos, mientras otros poseen sitios de buen rendimiento. Independientemente de ello, el aumento de población y de la explotación ha perjudicado grandemente la fauna acuática, y es conocido el hecho que han desaparecido desde tiempo las redes "mariposa" con que se solían extraer a granel los pececitos llamados charales, que durante un tiempo parecieron amenazados de extinción. El ya citado hecho de que se importa pescado de Chapala, describe bastante bien la situación. Es de suponer que los desagües de las villas de habla española y la contaminación del detergente que emplean las nativas al lavar la ropa en el lago, sea un factor más para los perjuicios en la biota lacustre.

II. Un recorrido no exhaustivo por aldeas de ambas orillas, y las conversaciones informales pero intencionadas con nativos de habla tarasca, con tarascos hispanohablantes, con sacerdotes y con profesores, así como una visita a Janitzio, parece haber sido suficiente para dar al investigador una idea general de la situación del idioma tarasco en la región lacustre.

Por la orilla izquierda se encontraron aldeas relativamente cercanas a la estación ferroviaria de Pátzcuaro, relativamente acosadas por granjas en manos de foráneos y relativamente pobres de recursos económicos. Se encontraron ancianos tarascos cuyos hijos ya abuelos tenían dominio pasivo del idioma, y cuyos descendientes lo ignoraban. Un joven maestro que trabajaba en un lugar alejado, lamentó que hace unos veinte años la presión de la opinión pública y de los profesores hiciera que lo criaran

en la absoluta ignorancia del idioma nativo. Interrogado por qué razón no lo aprendía, ya que decía lamentar no saberlo, dijo que "no tenía tiempo para ello", aunque en las goteras de su aldea todavía había gente que se lo podría enseñar, y podemos agregar que posiblemente podría encontrar maestros en su propia casa.

La maestra fuereña de la primera aldea viniendo de Pátzcuaro, informó que su lugar de actuación es de gente orgullosa de sus apellidos castellanos, distintos de los que se usan en las localidades inmediatas, y que ahí nunca se habló el tarasco. Estaban en vacaciones, pero que durante el año escolar ella enseñaba canciones tarascas, *pirecuas*, con su letra en idioma nativo, que había aprendido en la Escuela Normal, y los niños le pedían más textos e información gramatical. Es posible que tan favorable disposición exista de parte de los educandos, pero sin duda la maestra tiene una vista irreal de la situación del idioma en la región lacustre. Con un contagiante entusiasmo habló de una gramática impresa que ahora se usaría y que habría acabado con la antigua diversidad subdialectal que regía en cada aldea. Habló de programas radiofónicos en tarasco y de la labor de los curas y de los hermanos protestantes, realizada en idioma y en favor del idioma nativo.

El investigador no dio con muchas huellas de todo ello. Un maestro con temperamento todo opuesto al de la maestra, nativo y activo en Janitzio, dijo haberse puesto a estudiar, efectivamente, algunos conceptos de morfología tarasca en una cartilla, cuando era niño, pero que en vano había tratado de encontrarla de nuevo en los últimos años. Según sus informes, los supuestos programas en tarasco deben haber sido unos pocos anuncios para casas comerciales de Pátzcuaro, que emitía de vez en cuando un anunciador de radio, en tarasco. No nota ninguna actividad clerical en favor del idioma, el cual cree que desaparecerá antes del fin del siglo. Para esta afirmación se basa en el dinamismo hasta ahora observado, que indica un constante ritmo de desaparición en todos los pueblos ribereños.

Respecto de los pueblos ribereños, que ciertamente son veinte o treinta veces más que los pocos isleños, lo observado por el profesor es sin duda cierto. Pero en la isla no ha habido ese dinamismo, y es significativo el que los niños empleen el idioma con la misma falta de inhibición que los niños gitanos emplean el suyo en un campamento nómada, —para volver a la arriba hecha comparación del Janitzio que vive para el turismo, con la gitanería que hace lo mismo en Sacromonte. En la actualidad, los niños de la isla oyen en sus primeros años únicamente el tarasco, y después del español captado a los turistas, reciben su castellano en la escuela.

De momento, la situación en la isla es la de un bilingüismo sano, como el que puede observarse en muchas partes del mundo, pongamos por caso en ciudades suizas en que se emplea con la misma soltura el Schwitzerdütsch doméstico y el Schriftdeutsch académico. Una estudiante de segundo año de estudios de medicina, dice que debe haber unos 150 o 200

indios tarascos estudiando en la Universidad de Morelia. Afirma que no tiene ocasión de practicar su idioma en los descansos, por no coincidir sus horarios, pero que lo emplean tan pronto se encuentran, lo que suele suceder en la terminal de buses, cuando se van de vacaciones. Interrogada si ella emplearía el idioma con sus futuros hijos, dijo que le gustaría que ellos lo supieran. Aparentemente, ese gusto se reduce a un piadoso deseo sin concepción programática para su cumplimiento. Como el resto de los isleños, emplea el idioma nativo en su familia y no habla el español con ningún habitante de Janitzio. Pero cosa rara, no supo varias de las pocas palabras que el investigador le pidió, afirmando que en la isla se emplean voces españolas para 'aguacate' y 'tortilla' al hablar tarasco. Ante las protestas del investigador, hizo un esfuerzo de memoria, y recordó que la fruta en cuestión se llama kupanda y que en otros lugares se dice kukusta y kurinda a la tortilla.⁸ Si la informante no constituye un caso aislado, estaremos en presencia de un síntoma negativo de innecesaria pichinización del idioma. Es lamentable no haber conocido personalmente la situación idiomática del lacustre Xochimilco de hace unos cuarenta años, que ahora es monolingüe español, para poder establecer parangones y, acaso, tratar de encontrar apoyo o rechazo a las predicciones del maestro nativo de Janitzio.

Por la orilla derecha, en el floreciente pueblo de Santa Fe, fundado, según me dijeron, por el obispo Vasco de Quiroga, en el siglo XVI, favorecido además por la carretera asfaltada de Tzintzuntzan-Tzacapu, toda la población emplea el tarasco y tiene, en general, un dominio más bien imperfecto del castellano. Además de la sonorización de *t* después de *n*, hay un empleo abusivo de la preposición *en*, no sólo en el contexto de "llegar *en* casa de unos amigos", que no es raro en Méjico, sino en expresiones como "hemos hablado *en* esto", "ha ido *en* varias partes", que se oyeron tanto a pobladores ignorantes como al anciano cura, nativo del lugar. En común tuvieron las aludidas personas, su enfática afirmación de que el idioma no se podía perder. ¿Por qué? "Aquí no se puede perder, porque así lo dejó dicho Vasco de Quiroga."

Insatisfecho con la sociología mágica que ofrecía el párroco, se prosiguió el viaje a algunos pueblos de la misma ribera derecha, pero carentes de carretera cubierta. Se supo que en unas acciones concertadas, los párrocos de varias aldeas habían decidido hacer misa en tarasco. Hubo para ello larga preparación, máxime que la mayor parte de los curas no era de la región, ni de habla tarasca. Lo interesante es que el enfático cura del legado de Vasco de Quiroga, no coopera con los esfuerzos de sus colegas. No participó ni en la preparación ni en la realización de la ceremonia. Ya había comentado él mismo al investigador que no entendía los textos que se habían preparado. Lo destacable es que se pudo notar en varios curas no nativos, una acción real y un entusiasmo positivo, y lo contrario en el único cura nativo que se entrevistó.⁹

Habiendo empezado ya las vacaciones, no fue posible encontrar más profesores, por lo que se dio importancia a la pista de la acción eclesiástica positiva, a la observación callejera y a las conversaciones en tiendas y fondas. Estas observaciones fueron comentadas posteriormente con el cura de Tziróndaro, quien además de una licenciatura en filosofía tenía cursados dos años de maestría en antropología.

Aunque el interlocutor rehuía toda afirmación de tipo profético y niega toda vigencia a supuestas leyes sociales, los datos concretos suyos de diversos pueblos y las observaciones propias, permiten anotar lo siguiente:

Es un hecho que los recursos terrestre y lacustres de cada pueblo tarasco, son bastante desiguales. Hay casos en que algunos tuvieron realmente mala suerte, en comparación con la aldea inmediata. En los pueblos más pobres en posibilidades de producción primaria, se tuvo que compensar la economía doméstica con prestaciones de servicio en las villas hispanohablantes y con el bastante buen negocio de la compra de productos agrícolas y pesqueros, que habían de ser llevados a las mencionadas villas o a ciudades tan alejadas como México, D. F. De ello resultó, por ejemplo, que conviviendo con la eterna afirmación emotiva acerca del supuesto interés por el idioma nativo, éste se ha perdido en San Jerónimo, aldea pobre en recursos pesqueros y dotada de pésimas tierras. En cambio, tienen una vida comercial bastante agitada y de él han salido más de cien profesores normalistas. Inversa es la situación en el colindante San Andrés, de buena pesquería y tierra, de floreciente cultivo del idioma y economía tradicionales. Esta situación personalmente observada, se repetiría en muchos lugares, según comentó el interlocutor. Como caso análogo, podemos traer también a colación la riqueza de los indios de las fondas cercanas a los dos embarcaderos de Janitzio, y la situación insatisfactoria de las aldeas de la orilla izquierda. Y nuevamente, los indios ricos conservan el idioma; los indios pobres de los pueblos izquierdos lo han perdido.

Dejo al criterio del lector, si de esta observación y de sus explicaciones técnicas (necesidad de entablar contacto con la sociedad global, etcétera), se puede inducir una ley social o no.

¹ En todas las provincias mejicanas, se conoce como "mexicano" al idioma que los eruditos llaman "nahua" y los extranjeros "azteca". Parece recomendable el empleo de la letra *j* cuando se alude a la sociedad global *mejicana*, y de la letra *x* para referirse a la población nativa *mexicana*.

² Como en Ahuacatlán o, en un ambiente distinto, en Coatepec, Ver.

³ Falda liada y prenda superior, ambas de tradición prehispánica.

- ⁴ En años anteriores, el autor conoció dos casos de inmigrados españoles, en la Huasteca Meridional, que tras años de trabajo directo del campo, abandonaron finalmente la gleba y la lucha, llevándose sus morenas mujeres *de razón* a vivir en conglomerados hispanohablantes, donde se dedicaron al comercio.
- ⁵ La conquista reciente ha sido a veces defectuosa. Tal es el caso de la región en que Orozco y Berra (*Carta etnográfica de México*) señala en 1864 municipios de habla huasteca, en tanto que yo encontré ahí un nahua ultracorrecionista cuyas incorrecciones se explican por el hecho de tratarse en realidad de huastecos que mudaron de idioma hace pocas generaciones.
- ⁶ Esto fue el caso, por ejemplo, de las colonizaciones tepehuas que partieron de Huehuetla, Hgo., en dirección al este, a Huitzilac, Amelucan, San Francisco y barrios de Mecapalapan.
- ⁷ El actual presidente municipal de Ahuacatlán, es de habla nativa totonaca.
- ⁸ Los dos conceptos solicitados por el investigador, fueron las dos primeras palabras tarascas que conoció. Le llamó la atención el parecido que tiene *ku+panta* con *palta* del quichua, y la sílaba final de *ku+kus+ta* y *ku+rín+ta* con *ta* 'tortilla' en quichua y con **ku+min+ta* <*huminta* 'cierto tamal surandino'. Aparentemente, no sólo en quichua, sino también en tarasco **ku* significa cosas y animales con redondez. Originalmente, ¿la *kurinta* puede haber sido una especie de bollo como la *huminta*, diferente de la *kukusta*? Días después, en Santa Fe, el investigador oyó una docena de palabras más, y no dejó de ser llamativo el hecho que la mayor parte tenía su correspondiente fónico y conceptual quichua.
- ⁹ No fue posible entrevistar al cura de la parroquia de Janitzio, quien tiene su sede en una villa a la orilla. Las referencias que se recibieron de él, lo describen como gran promotor, no sólo de la aludida misa, sino también de los ya comentados "programas radiofónicos" y de la gramática "uniformemente aceptada en toda la región".

* En el § V se discutirán estos dos términos.